

El texto como ficción necesaria: la reciente crítica marxista británica

En los recientes debates sobre la teoría literaria, uno de los temas claves ha sido la problemática de las relaciones entre texto, lectura y contexto. Se han planteado interrogantes sobre lo que cuenta como texto o lectura, es decir, ¿en qué consisten y hasta qué punto se puede explicar un texto según sus formas, sus recursos internos, sus condiciones de producción, su primera aparición y circulación inicial en comparación con su inserción posterior en una serie (históricamente variable) de marcos o redes de relaciones de lectura? En esta breve intervención en el debate, pienso considerar esta problemática desde la óptica de la reciente crítica marxista británica. Esto implica necesariamente dejar fuera de consideración otras aproximaciones teórico-críticas contiguas, como puede ser la de Stanley Fish y su relación juguetona de cómo sus estudiantes luchan para realizar una lectura literaria de una factura de gas o una guía telefónica. También supone dejar de lado el trabajo de teóricos como Iser, Jauss, Bleich, Holland, Rifaterre, Prince y otros. Esto no implica negar que el trabajo de los teóricos antes citados, recubre la problemática arriba expuesta, de alguna forma u otra. Pero lo que me interesa aquí, primordialmente, son las posturas adoptadas por dos de los principales teóricos marxistas británicos, Terry Eagleton y Tony Bennett. A continuación me permito, primero, ofrecer un breve resumen, luego un análisis más extenso, y para terminar, un comentario

¹ Ver Stanley Fish, *Is there a text in this class?*, (Cambridge Mass., Harvard U.P., 1980); Wolfgang Iser *The Act of Reading. A Theory of Aesthetic Response.* (Baltimore, Johns Hopkins U.P., 1970); Hans

Robert Jauss, *Toward an Aesthetic of Reception.* (Brighton, Harvester Press, 1982); David Bleich, *Subjective Criticism,* (Baltimore and London, Johns Hopkins U.P. 1978); Norman Holland, *Five Readers Reading,* (New

Haven and London, Yale U., 1975); Michael Rifaterre, *Semiotics of Poetry,* (London, Methuen, 1978); Gerald Prince, «Introduction to the study of the naratee», in Jane P. Tomkins ed. *Reader Response Criticism. From*

Formalism to Post-Structuralism, Baltimore, Johns Hopkins U.P., 1980, pp. 7-25; ver también Robert C. Holub, *Reception Theory. A Critical Introduction* (London, Methuen, 1984).

sobre el trabajo reciente de estos teóricos, que ya han sido reconocidos como dos de los más destacados y prolíficos pensadores en la materia en lo que va de década.² Para empezar, sin embargo, una pequeña divagación histórica.

Érase una vez, la crítica literaria hablaba segura y confiadamente del «texto en sí mismo», el texto que contenía un sentido único e irreducible. O, según las palabras de E.D. Hirsch Jr., «un ente que siempre permanece igual de un momento a otro».³ Semejante postura, que reivindica el texto como la fuente originaria del sentido, ya tiene poca resonancia en la comunidad crítico-teórica actual. Y esto porque, como ha indicado Eco, «ningún texto se lee independientemente de la experiencia del lector de otros textos».⁴ Este reconocimiento de la experiencia del lector ha contribuido a una crítica programática del «texto en sí mismo», crítica llevada a cabo —por lo menos en una de sus vertientes— bajo el lema de la «intertextualidad», concepto éste desarrollado por Kristeva según su lectura de Bakhtin.⁵ Y con él se ha postulado el texto, no como objeto autónomo o unificado, sino como una serie de relaciones con otros textos. Todo lo cual plantea, inevitablemente, interrogantes como, ¿con qué otros textos? y ¿según qué serie de relaciones? Por desgracia, como sugiere Culler, el trabajo de Kristeva ha hecho poco más que reproducir las preocupaciones de una tradicional crítica de fuentes literarias.⁶ Otras aproximaciones más productivas al tema han incluido los estudios de Renée Balibar acerca del funcionamiento del texto dentro del sistema escolar francés, así como el trabajo valioso emprendido en *Re-Reading English*.⁷ Con este tipo de labor, se ha llegado a un punto en

² Aquí creo que sería útil para el lector no británico ofrecer una lista de los principales trabajos críticos de Eagleton y Bennett, señalando también los más pertinentes a este trabajo. Terry Eagleton: *Marxism and Literary Criticism* (London, Methuen, 1976); *Criticism and Ideology. A Study in Marxist Literary Theory* (London, New Left Books, 1976); Walter Benjamin or Towards a Revolutionary Criticism (London, Verso, New Left Books, 1981); *The Rape of Clarissa* (Oxford, Basil Blackwell, 1982); *Literary Theory. An Introduction* (Oxford, Basil Blackwell, 1983); *The Function of Criticism* (London, Verso, New Left Books, 1984); *Against the Grain. Selected Essays 1975-1985* (London, Verso, New Left

Books, 1986). Me referiré principalmente a *Literary Theory, Against the Grain* y a una ponencia sobre «The text in itself», reproducido en *Southern Review*, 19 (Julio 1984), pp. 115-18. Tony Bennett: *Formalism and Marxism* (London, Methuen, 1979); «Text and social process: the case of James Bond», *Screen Education*, 41 (Winter/Spring, 1982), pp. 3-14; «Text and History», en P. Widdowson ed., *Re-Reading English* (London, Methuen, 1982), pp. 223-36; «Texts, Readers and Reading Formations», *Bulletin of the Midwest Modern Language Association*, 16 (Spring, 1983), pp. 3-17; «The Bond Phenomenon: Theorising a Popular Hero», *Southern Review*, 14 (July, 1983), pp. 195-223; con Janet Woollacott, *Bond an Be-*

yond: The Political Career of Popular Hero (London, Macmillan, 1987); «Texts in History: the determinations of readings and the their texts», en D. Attridge, G. Bennington & R. Young eds. *Post-Structuralism and the Question of History* (Cambridge, C.U.P., 1987), pp. 63-81; aquí me referiré a los artículos de Bennett publicados en *Southern Review*, el libro de Attridge et al, ya una contribución de Bennett llamado «The text in question», publicado, como en el caso de Eagleton, en *Southern Review*, 17 (julio, 1984), pp. 118-24.

³ E.D. Hirsch Jr., *Validity in Interpretation* (New Haven, Yale U.P., 1967), p. 46

⁴ Umberto Eco. *The Role of the Reader. Explorations in the Semiotics of Texts*

(London, Hutchinson, 1981), p. 21.

⁵ Julia Kristeva, «The ethics of linguistics», en *Desire in Language. A Semiotic Approach Literature* (Oxford, Basil Blackwell, 1980), pp. 23-35; ver también «L'intertextualité», en *Le texte du roman* (The Hague, Mouton, 1970), pp. 139-76.

⁶ Ver, por ejemplo, el comentario de Jonathan Culler en *The Pursuit of Signs* (London, R.K.P., 1981), pp. 106-7.

⁷ Renée Balibar, «National Language, Education, Literature», en Francis Barker et al eds., *The Politics of Theory* (Colchester, University of Essex, 1983), pp. 134-47; P. Widdowson, ed. *Re-Reading English* (London, Methuen, 1982).

que, según la formulación de Tony Bennett, «el texto (es) un terreno sobre el cual tiene lugar la producción de sentidos variables». ⁸ Aprovechando el argumento de Derrida sobre la «iterabilidad esencial», de sintagmas escritos, Bennett afirma que ni el texto escrito ni su(s) sentido(s) pueden ser limitados a o por el contexto de su momento originario de producción, ni anclados en la intencionalidad de su autor. ⁹ La postura de Bennett, entonces, reivindica el estudio de la existencia de las actividades históricamente variables del texto y de cómo, en muchos contextos distintos, un texto concreto puede significar de maneras muy distintas. En este sentido, el concepto de texto incluye no sólo la obra en sí misma, sino también todas las interpretaciones y lecturas que se han acumulado e incrustado en su entorno, las cuales envuelven la obra y se incorporan a ella. En su trabajo sobre el fenómeno y la figura de James Bond, Bennett ha emprendido una demostración práctica de esta postura. ¹⁰

Mientras por un lado, Eagleton aceptaría gran parte de la argumentación de Bennett, por otro parece estar un poco preocupado por algunos aspectos de su postura. ¹¹ Para empezar, le inquieta la excesiva prioridad que Bennett otorga a la lectura sobre el texto, aun si las lecturas están históricamente determinadas. Y esto, porque implica que el texto es incapaz de delimitar su interpretación y además, frente a un lector hábil e incluso perverso, podría significar lo que fuere. La preocupación de Eagleton estriba en el hecho de que un simple «coyunturalismo de lecturas», donde el lector teóricamente hace lo que le da la real gana, podría ser aprovechado, políticamente, tanto por la derecha como por la izquierda. Es decir, un subjetivismo libertario, una anarquía interpretativa, no sirve a los objetivos de una crítica marxista. Por eso Eagleton insiste en que el texto no existe como si fuera una masa de barro en las manos del lector/alfarero: «Para que una interpretación sea una interpretación de *este* texto y no otro, tiene que ser, lógicamente, determinada por el texto mismo. La obra, en otras palabras, ejerce un grado de determinación sobre las respuestas del lector; si no fuera así, la crítica caería en la anarquía más absoluta». ¹² Al mismo tiempo, Eagleton afirma que las condiciones de producción de un texto están inscritas en él y que actúan como fuerzas que atraviesan el texto y que limitan sus posibles sentidos; es decir, el sentido textual pertenece tanto a las instituciones de producción textual como a las subsiguientes instituciones de reproducción. ¹³ Resumiendo lo dicho, ni Bennett ni Eagleton reconocen el texto «esencial» o «único», en su aceptación tradicional; tampoco consideran la obra literaria como terreno de infinitas posibilidades de lectura. Ahora bien, mientras que Bennett niega al texto una identidad concreta fuera de sus lecturas y sostiene que el sentido surge únicamente a través de la labor del lector, Eagleton quiere conservar una definición del texto que reconoce su poder de delimitar o determinar el sentido.

Entrando ya en más detalles, y recogiendo un par de ejemplos bien conocidos, cuando Eagleton dice que, según su interpretación «La oda a un ruiseñor», de Keats trata, no de un pájaro, sino del camisón de noche de Keats mismo; o cuando afirma que *Macbeth* trata de Manchester United, dice que alguien podría muy bien preguntarle: ¿Qué es lo que usted interpreta? Ante semejante pregunta, Eagleton admite que tiene que echar mano de términos y conceptos utilizados en lecturas más convencionales de estos textos. ¹⁴

⁸ Tony Bennett. *Formalism and Marxism*, op. cit., p. 174.

⁹ Tony Bennett, «Text and History», en *Re-Reading English*, op. cit., p. 227.

¹⁰ Ver Tony Bennett y Janet Woolcott, *Bond and Beyond*, op. cit.

¹¹ Ver, en concreto, Terry Eagleton, *Literary Theory*, op. cit., cap.2, pp. 54-9 y también «The text in itself», art. cit. 115-18.

¹² Eagleton, *Literary Theory*, op. cit., p. 85.

¹³ Eagleton, *ibid*, pp. 87-8.

¹⁴ Eagleton, «The text in itself», art. cit., p. 116.

En el caso de *Macbeth*, la batalla equivaldría al accidente aéreo y Duncan al manager del equipo. Luego afirma que su lectura heterodoxa no puede por menos proponer un «texto en sí mismo», el cual define de la siguiente manera: «Aquellos sentidos que, dentro de ciertos regímenes discursivos y protocolos institucionales, surgen como los más plausibles». ¹⁵ Es decir, el texto eagletoniano se encuentra determinado por una serie de fuerzas contextuales —los discursos o protocolos institucionales ya mencionados—, además de una gama de actividades prácticas e institucionales, que son históricamente contingentes; pero una vez instalada dentro de estas redes y funcionando, el texto ejerce cierto grado de determinación. Si no fuera así, y si el texto fuera un ente totalmente indeterminado, abierto al capricho del lector, entonces se plantea la pregunta: ¿de qué manera podríamos decir que interpretamos la misma obra? Esta es una pregunta clave para Eagleton, que sostiene que el texto literario no puede ser terreno de lecturas oposicionales o de lucha política si el lector X y su contrincante no aceptan que están discutiendo el mismo texto. ¹⁶ No puede haber desacuerdo sin un grado de acuerdo entre lectores antagónicos. Así que la llamada violencia hermeneútica o una re-lectura radical de un texto, según Eagleton, imposibles a menos que lo que ha de ser violado sea relativamente determinado; no hay violencia sin resistencia. Entonces, ¿qué es lo que resiste? ¿el texto en sí mismo o las interpretaciones (y las instituciones que regulan su producción) que lo envuelven?

Eagleton concede que el texto no determina su propia interpretación, como si fuera una *causa* originaria, ya que aquellos recursos textuales que se destacan como una causa de una interpretación, podrían considerarse muy fácilmente como causa de otra interpretación incompatible. Lo que determina la interpretación, y aquí Eagleton y Bennett están más o menos de acuerdo, no es el texto, sino el contexto. El problema consiste en determinar qué implica el concepto de contexto y cuánto incluye. Para Eagleton, el contexto parece consistir en varias series de discursos, sistemas y prácticas que hacen que ciertas lecturas sean más plausibles que otras. ¹⁷ Pero si el contexto limita el texto, ¿qué limita el contexto? Para un marxista como Eagleton, no hay respuesta adecuada a esta pregunta, aunque mantendría que el lector no tiene libertad de movilizar, a su antojo, un contexto cualquiera para leer una obra. De hecho, de su trabajo sobre Wittgenstein surge la idea de que hay ciertos contextos, tan hondamente arraigados en las llamadas «formas de vida», que sería erróneo hablar de elegirlos. ¹⁸ En otras palabras, hay algunos contextos tan imbricados en el tejido de la vida material y social, que el lector no puede evadir su fuerza determinante. Por tanto, todo texto —según Eagleton— surge de y moviliza estas «determinaciones relativas», que forman un eslabón entre la vida material y la esfera más etérea de la conflictividad interpretativa. En suma, para Eagleton, la construcción del sentido textual se encuentra determinada por concretas prácticas materiales. El rechazo de estas determinaciones, así como el abandono del texto como campo delimitado de sentidos plausibles, equivaldría, para Eagleton, a un rechazo del materialismo y, por ende, del marxismo.

Bennett parece aceptar la definición eagletoniana del texto, como régimen de sentidos plausibles que surgen de las estrategias discursivas y protocolos institucionales, así co-

¹⁵ Eagleton, *ibid.*, pp. 116-17.

¹⁶ Eagleton, *Literary Theory*, *op. cit.*, p. 85.

¹⁷ Eagleton, «*The text in itself*», *art. cit.*, p. 117.

¹⁸ Ver el capítulo sobre Wittgenstein en *Against the Grain*, *op. cit.* pp. 99-130.

mo la idea de que lo que delimita la interpretación es el contexto, es decir, aquellas prácticas discursivas que hacen que ciertas interpretaciones sean más «poderosas» o «persuasivas» que otras. Pero Bennett también señala que es difícil, dadas estas múltiples cualificaciones, conservar el concepto de «texto en sí mismo», si no es como mero gesto hacia cierta postura. Dice al respecto: «El “texto en sí mismo” —dispersado en una red de relaciones discursivas e intertextuales— y el “contexto” llegan a ser conceptos casi intercambiables». ¹⁹ Así que el concepto de texto defendido por Eagleton incorpora como parte integrante de sí mismo relaciones que normalmente se considerarían como externas. Si Eagleton se queda con el concepto de texto, argumenta Bennett, es porque le sirve como medio de declarar su solidaridad con el principio filosófico del materialismo. Por lo visto, según Eagleton, si el marxismo abandonara el concepto de texto no tendría ningún terreno legítimo sobre el cual fundamentar sus intervenciones en el campo de batalla de la lectura, aparte de un voluntarismo subjetivo. Es decir, sólo podría legitimar sus lecturas diciendo: «Vamos a leer de esta manera, porque conviene a nuestro propósito político.» Por tanto, diría Bennett, la conservación del concepto de texto parece estar basada en un cálculo político acerca de las condiciones en las cuales una crítica marxista puede intervenir en una lucha o batalla de lecturas.

Benett, al contrario, considera esta postura como errónea. Juzga que la conservación del concepto de texto no es más que una ficción que facilita y permite la continuación del debate crítico, aún reconociendo que el estatuto ontológico del texto se ha hecho añicos. Y añade que «el concepto de “texto en sí mismo” se produce y tiene efectos esencialmente como recurso retórico aprovechado para fortalecer las pretensiones de una ideología de lectura concreta». ²⁰ Benett amplía su crítica del concepto de texto al señalar que para constituirse como tal se requieren procedimientos idealistas, ejemplificados en el trabajo de F.R. Leavis, para quien el texto constituía una esencia localizada detrás de la superficie material del texto. Fue esta perspectiva la que Bennett empezó a cuestionar hace tiempo, y no la idea del texto como ente material y social concreto que existe dentro de determinadas instituciones de sentido, con determinados (pero variados) efectos. De hecho, si se subraya la materialidad del texto y de las relaciones sociales variables, en que funciona, el idealismo y la abstracción del concepto leavisiano del texto se hacen aparentes. Por esto, Bennett tiene cierta dificultad en comprender por qué Eagleton (y una larga tradición de crítica marxista, que incluye a Lukács, Goldmann y Williams) quiere conservar un concepto que tiene una prehistoria enraizada en una crítica burguesa idealista. Y, para explicarse, aprovecha el trabajo de Juri Lotman.

En sus comentarios sobre la estructura y organización de fenómenos textuales, Lotman afirma que el funcionamiento de éstos sólo se comprende si se toma en cuenta la interacción entre sus determinaciones intra y extra-textuales. Su aproximación se opone firmemente a cualquier tentación de reificar el texto literario como compendio de recursos cuyas interrelaciones prescriben un sentido único o esencial. Además, una vez funcionando en su medio social, sostiene Lotman, el texto tiende a fragmentarse en una serie de variantes. De aquí sería imposible estabilizar el texto como series de elementos internos y funcionales, ya que la función y la interrelación de los elementos dependen de cómo

¹⁹ Bennett, «The text in question», *Southern Review*, art. cit., p. 119.

²⁰ Bennett, «Texts in history: the determinations of readings and their texts», art. cit. p. 76 y «The text in question», art. cit., p. 120.